

PARA COMULGAR BIEN



ÁLVARO GARCÍA DE MOVELLÁN HERNAINZ

(Esta visión es un relato figurado que, no obstante, explica con precisión todo lo que Dios nos ha revelado, la Iglesia enseña y los santos aconsejan sobre la Comunión)

Yo, Héctor, quiero consignar aquí, para gloria de Dios y provecho de las almas, la visión que tuve acerca de la sagrada comunión.

Era un domingo del mes de Junio. Había ido a una Misa temprano que se encontraba a unos 20 minutos en coche de mi domicilio para no perder la Santa Misa pues había quedado con unos amigos para pasar un día de campo con ellos.

El día fue fantástico y nos lo pasamos muy bien. Después de comer algunos se pusieron a jugar a las cartas. Los niños se fueron al río cercano para ver si pescaban alguno de los múltiples animales que por allí pululaban (pececillos, ranas...). Algunos se quedaron en sobremesa hablando de temas actuales de sociedad. Hay quien aprovechó para darse una pequeña cabezada sentado en las sillas plegables que habíamos traído.

Yo, por mi parte, decidí darme un paseo por aquella zona. No tenía mucha oportunidad de estar en contacto con la naturaleza pues vivía en una ciudad y apenas tenía tiempo para pasar un día de campo como aquel.

Descubrí lo que me parecieron algunos caminos que decidí seguir. Aquella zona era preciosa y mi afán

investigador me animó a caminar sin detenerme. Anduve una media hora hasta que llegué a lo que parecía un pequeño prado, con un suave césped que invitaba a descansar un rato sobre él. Unos árboles ofrecían la sombra perfecta.

Me eché sobre el césped con la intención de descansar unos minutos. Creo que me quedé dormido. El caso es que repentinamente una especie de música hizo que me incorporara. Todo parecía igual salvo que la luz era más apacible y suave, como si estuviera atardeciendo. ¿Cuánto tiempo llevaba echado en el césped? No tuve mucho tiempo para preguntármelo pues la música que me había despertado centró mi atención. Era tan hermosa que pronto sólo quise saber de dónde procedía.

Avancé unos pasos más siguiendo dicha melodía y, al dar un giro sobre el camino, me tope con lo que parecía una vieja ermita, bastante destartalada. Me quedé asombrado:

-¿De dónde ha salido esto? ¿Qué hace esta construcción en medio de un campo? Esto es muy extraño.

La música cesó en ese instante y un joven, de unos 14 años, vestido de blanco, salió por la vieja puerta de la ermita y se dirigió a mí.

-Por favor, sígueme. Es necesario que entres en este lugar.

En ese momento caí en la cuenta de que estaba en una visión sobrenatural, como otras veces me había ocurrido.

-Perdona -dije al muchacho-. ¿Eres un enviado celestial?

-No es momento para ese tipo de preguntas. Sígueme.

Y tras decir esto entró en la ermita. Decidí seguirlo. Al entrar no pude menos de sentir cierta repugnancia. Aquel lugar estaba en ruinas. Los pocos bancos que había estaban rotos, se veían telarañas por todos los lugares, el ambiente estaba cargado y olía de forma desagradable. Lo único que estaba en perfecto estado era el pequeño altar: un mantel blanco y limpio, sobre el que había un crucifijo y ardían seis velas, llamaba la atención en medio de aquel desastre.

El joven se colocó de pie ante el altar, un poco escorado hacia la derecha. Quería preguntarle alguna cosa pero me hizo un gesto con la mano para que guardara silencio. Al cabo de unos minutos escuché unos ligeros ruidos de lo que parecía una pequeña habitación colocada tras el altar (creo era una sacristía). De pronto apareció un sacerdote revestido como para decir la santa Misa. Hizo una inclinación hacia el crucifijo, besó el altar e hizo la señal de la cruz.

Lo que ocurrió en ese momento fue tan maravilloso que no creo pueda encontrar las palabras adecuadas para contarlo de forma correcta. La pequeña ermita se llenó de una luz brillantísima que no dañaba los ojos. La luz era pura, muy pura, y cálida. Te hacía sentir en una paz y un gozo perfecto. Sentí que aquella luz era la presencia de Dios.

Miles y miles de ángeles aparecieron en torno al altar. No sé cómo podían estar allí. Entendí que al ser espíritus puros, fuera del espacio, pueden estar en gran número en pequeños lugares tales como aquel altar. El espectáculo era bellissimo. Aquellos ángeles estaban felices y cantaban cánticos hermosos, alegres y llenos de alabanza y gloria a Dios. Aunque cada ángel cantaba un cántico diferente, aquello no producía una disonancia musical. Todo lo contrario: los distintos cantos se unían entre si y se armonizaban haciéndose más bellos los unos a los otros. Es difícil de explicar pero así era.

Aparecieron otras figuras llenas de luz cuya sola vista me produjo una alegría espiritual muy profunda. Entendí que eran los santos de cielo.

El corazón dio un salto dentro de mí cuando en medio de toda aquella asamblea celestial apareció la Santísima Virgen María. Su sola presencia era más gozosa y hermosa que todo lo que había visto hasta ese momento.

Y entonces lo vi: justo donde estaba el sacerdote apareció Nuestro Señor Jesucristo. Sé que tuve que recibir alguna gracia especial para poder mantenerme allí de pie y no morir en ese instante pues lo que percibía ante la presencia de Jesús es sencillamente indescriptible.

-¡Dios mío! ¡Esto es estar en el Cielo! -le dije a mi acompañante- Ayúdame, por favor, a salir de aquí, pues si sigo viendo estas maravillas moriré de puro gozo.

Realmente sentía que no podía aguantar esta visión tan maravillosa.

-No te preocupes -me dijo el muchacho-. Te ha sido concedida la gracia de poder observar las realidades espirituales.

Ante estas palabras guardé silencio y seguí mirando aquel espectáculo. Seguía sintiendo tal conmoción espiritual, por el gozo superior y la alegría intensa que me embargaba, que no podía quitarme de la cabeza que en cualquier momento mi espíritu saldría del cuerpo arrebatado de puro gozo con aquella maravilla que contemplaba.

-Esto que ves -me dijo de repente el muchacho- es lo que ocurre cuando se celebra una Santa Misa. Todo el Cielo entero se hace presente en ella, pues en la Santa Misa se hace presente Dios, y donde está Dios está el Cielo. Da igual si el sacerdote es mayor o joven, si el templo es muy grande y adornado o es una insignificante

ermita como ésta. La Santa Misa transforma espiritualmente el lugar donde se celebra. Ustedes juzgan mal estas realidades. Si la Iglesia está llena de cosas y hay muchos sacerdotes concelebrando piensan que la Santa Misa es más valiosa o mejor. Miden las realidades espirituales con criterios mundanos y materiales. Ustedes no deben medir este misterio por esas cosas. Ustedes deben tener una mirada más profunda cuando estén en la Santa Misa.

Me callé un tanto avergonzado porque realmente en muchas ocasiones había juzgado de esa manera.

De pronto la luz se hizo mucho más intensa. Todo desapareció dentro de la luz. Sólo me veía a mi mismo y a mi acompañante.

-¿Qué ocurre? ¿Adonde vamos? -porque me daba la sensación de que nos movíamos.

-Es el momento de que veas aquello que el Cielo hoy quiere enseñarte para tu provecho y el de los demás.

La Presencia de Cristo en la forma consagrada

Tras unos minutos en ese estado la luz disminuyó. Estábamos en un lugar distinto. Era una Iglesia que reconocí inmediatamente, pues solía acudir a ella. Había un buen grupo de personas en los bancos. Un sacerdote

celebraba la Santa Misa. Era justo el momento de la consagración.

Mi guía se arrodilló inmediatamente. Hice lo mismo. El sacerdote cogió la forma en sus manos, inclinó levemente su cuerpo, y empezó a decir: “Tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros”.

La forma empezó a brillar de forma extraordinaria, con una potencia como nunca jamás he visto en ninguna experiencia sobrenatural de las que Dios me ha concedido vivir. Entonces apareció Jesús. Quiero explicarme bien: la forma se convirtió en Jesús. No es que apareciera su rostro, su figura, su imagen... No, no. La forma que tenía el sacerdote en la mano, esa forma, se transformó en el mismísimo Jesús. Era Él. Estaba con toda su gloria y divinidad, con su cuerpo glorioso y resucitado, tal y como está en el Cielo. Entendí claramente que todas las demás veces que he visto al Señor en otras visiones sobrenaturales veía más bien una imagen o un símbolo. Esta vez no era así. Esta vez era el mismísimo Jesús en persona.

Aunque estaba arrodillado quería arrodillarme aún más. Si me hubiera sido posible hubiera deseado que todo el suelo a mi alrededor bajara más y más para inclinarme lo más posible ante el Señor. No habría abismo más hondo en ese momento que me bastara para poder satisfacer el deseo de adoración, postración y

reverencia que surgía de mi interior ante la presencia de Jesucristo. ¡Qué majestad, sabiduría, poder, gloria! ¡Qué impresión encontrarse ante el mismísimo Dios hecho hombre! ¡Qué poca cosa me sentía ante Él! Ahora bien: lo que más llamó mi atención, lo que más fuertemente quedó grabado en mi corazón, fue el amor tan inmenso que derramaba su presencia. Especialmente su mirada. Era una mirada tan dulce, tierna, misericordiosa. Era imposible no sentirse atraído por el amor tan extraordinario que rodeaba al Señor. Entendí con más fuerza que nunca que no es solo que Dios ame, sino que Dios es el mismísimo Amor, de tal forma que su esencia y su ser es el puro amor.

-He aquí el gran misterio de vuestra fe -me dijo el muchacho- y el gran misterio del amor de Dios que os ofrece, en cada Santa Misa, su auténtica presencia. Cada vez que un sacerdote pronuncia las palabras de la consagración el pan desaparece, quedando sólo lo que vuestros sentidos pueden percibir de él, y en su lugar aparece la auténtica y real presencia de Cristo. Todo Él, tal y como está en el Cielo, está presente en cada forma consagrada. Allí ya no hay pan, está el Señor. Es una presencia verdadera. No es un símbolo ni una imagen.

-Es lo más maravilloso que he visto jamás -respondí.

-Mira ahora a las personas que está en la Santa Misa -dijo mi guía.

He de reconocer que me costó mirarlas. ¿Cómo quitar mi vista de la presencia más hermosa, gloriosa y llena del más puro amor que es Jesús? Sin embargo lo hice porque sabía que es lo que Dios me pedía en ese momento. Un gran dolor atravesó mi corazón: de las 27 personas que estaban en ese momento en la Santa Misa entendí que tan sólo 3 estaban en perfecta adoración a la presencia de Cristo, llenos de amor, reverencia y gratitud hacia Él. El resto estaban distraídos. Se me concedió ver no solo sus cuerpos, sino también sus mentes. Y así fui consciente de que algunos de ellos, aunque estaban de rodillas y mirando la forma consagrada, estaban con su mente entretenidos en cosas mundanas: pensando en lo que iban a hacer después, en el partido de fútbol del fin de semana, en una película que habían visto.... Algunos ni siquiera estaban de rodillas.

-He aquí la terrible ingratitud humana -dijo seriamente el muchacho, que permanecía de rodillas, mirando al Señor-. El Rey y Señor de todo baja hasta vosotros humillándose hasta hacerse pan y se le recibe con frialdad, distracción, tibieza.

-Si estas personas vieran lo que yo estoy viendo no estarían así -dije.

-No tienen que ver nada -dijo mi guía sin dejar de mirar al Señor-, tienen que creer la palabra de Jesús: *Tomad, comed: esto es mi cuerpo* (Mt 26, 26). Esta palabra, como

todas las que dijo el Salvador, es verdadera y auténtica, y causa lo que dice. Si tuvierais fe no viviríais con tanta frialdad la Santa Misa, especialmente el momento de la consagración.

Lo que vi sobre la sagrada comunión

Después de estas palabras, y viendo que el muchacho seguía de rodillas adorando al Señor, centré mi vista y mi corazón en Jesús. Era tan hermoso poder mirarlo que todo lo demás desapareció de mi mente. Solo quería estar con Él.

No sé cuanto tiempo trascurrió. A mi me pareció muy poco. De pronto el guía se incorporó y me agarró del brazo levantándome.

-Deprisa, ven conmigo. Este es el momento para el que has sido traído aquí.

Me acercó a las gradas de altar y me colocó a una distancia prudencial de las personas que estaban en la Santa Misa. Éstas se estaban levantando y formaban una fila. Comprendí que era el momento de la sagrada comunión.

El sacerdote bajó con el copón. Tuve un perfecto entendimiento del misterio sobrenatural que allí ocurría. En el copón había 46 formas consagradas. Vi perfectamente en cada una de ellas la maravillosa presencia de Jesús que había observado en la

consagración. No puedo explicar adecuadamente lo que veía. Cada forma era realmente el mismo y único Señor, como si estuviera solamente en cada una de ellas. Pero en todas estaba Él presente. Y sin embargo no eran 46 Jesús diferentes. Solo era uno. Era su sagrada presencia la que estaba multiplicada, permaneciendo no obstante su único ser.

La sagrada comunión empezó a repartirse. Justamente la primera persona que se acercó a comulgar era una de las pocas que habían vivido la Santa Misa con espíritu de adoración al Señor. Al recibir la comunión ocurrió algo que me dejó maravillado. Pude contemplar como toda la Presencia de Jesús envolvía a esa persona. Yo pensaba que al comulgar Jesús entraba dentro de nosotros. En cierto modo es así. Pero lo que yo vi fue distinto: más bien me pareció que era esa persona la que entraba dentro de Jesús. La unión del alma de esa persona con la presencia de Cristo, y a través del alma todo su ser incluido su cuerpo, era tan profunda, mística y verdadera que aún conservando cada cual su propia identidad quedaron hechos uno solo: Jesús y esa alma.

Cuando esa persona se retiró a su banco no parecía la misma. Estaba llena de luz, fuerza espiritual, amor de Dios. Todo esto emanaba de esa persona y llegaba a su alrededor.

-Esa persona -me dijo el muchacho- está tan unida a Jesús que ahora mismo su sola presencia es capaz de

expulsar a los demonios donde quiera que estén. Esta persona es ahora un instrumento del Señor para traer luz, paz y gozo a este mundo.

El amor tan inmenso que Jesús tenía hacia esa alma me producía una profunda emoción.

-¿Es acaso un alma especial, un alma elegida para alguna misión concreta? -pregunté a mi guía.

-No -me respondió-. Es un cristiano normal.

-Pero, ¿cómo es posible? -pregunté admirado-. La unión que Jesús tiene con esa alma es tan perfecta que me parece el alma más santa que jamás he conocido en la tierra.

-Es la unión que Jesús hace con cada alma que se acerca a recibirlo con humildad, reverencia y amor en la comunión -contestó mi acompañante-. La promesa del Señor es para todos y se cumple sin faltar siempre: *El que come mi carne habita en mí y yo en él (Jn 6, 56)*.

Estaba asombrado. ¿Siempre que comulgaba pasaba lo mismo? Empecé a sentir cierto dolor por las veces que había comulgado sin ser consciente de esta profunda unión que se establece con Jesús.

La persona estaba arrodillada en su banco, profundamente recogida. Se notaba que hablaba con el Señor.

-Mira y aprende -me dijo el muchacho-. Esa persona está hablando con Jesús. Le está presentado su vida, sus alegrías y sus penas, sus deseos y proyectos; le está

pidiendo perdón por sus pecados y fuerza para vencer sus debilidades y tentaciones; está pidiéndole que le haga más santa, le dé humildad y caridad verdadera, que ame a los demás con todo su corazón, que tenga más fe; le está pidiendo por las necesidades de sus familiares y amigos. Y sobre todo le está diciendo al Señor que le ama. Muchos de ustedes, la gran mayoría, cuando comulgan vuelven a su sitio y se ponen a mirar al resto de personas, o a pensar en las tareas que tienen pendientes. Pocos, muy pocos, hablan con Jesús. Desaprovechan el mejor momento del día, de la semana, para hablar con Él. No hay tiempo más precioso en su vida espiritual que el tiempo de hablar con Jesús después de la comunión. Deberían siquiera estar 10 minutos con Él. Pero no lo hacen. ¿Quién de ustedes si recibiera una visita importante en su casa lo despacharía en un minuto? Y sin embargo reciben la visita más importante de todas, la del Rey de reyes y Señor de señores, y no le prestan ninguna atención.

Bajé la cabeza avergonzado pues muchas veces tras comulgar apenas había hablado con el Señor. Ahora reconocí mi falta de delicadeza y amor hacia Él.

Mientras tanto el resto de personas presentes se acercaban a comulgar. Todas recibían al Señor pero pude ver que la luz en ellas no era tan intensa como la de la primera persona que había visto.

-Obsérvalos -me dijo el guía-. Van distraídos a comulgar. Algunos no muestran ni siquiera respeto. Van en la fila hablando, reciben el sagrado Cuerpo de Cristo de cualquier manera. Vuelven a su sitio y ya tienen la mente y el corazón en otras cosas.

-¿Qué debo decirles a las personas? –pregunté.

-Diles que se preparen a la comunión siempre desde el amor a Dios y con amor a Dios. Que comulguen con mucha devoción. Recuerden que Jesús instituyó este sacramento por amor, en la noche en la que *los amó hasta el extremo (Jn 13, 1)*. Debe vivirse, pues, desde el amor y con amor.

Me llamó la atención una joven que acababa de comulgar y, al volver al banco, lo primero que había hecho era mirar su móvil.

-Esa chica -me dijo mi guía- ni siquiera cree que haya recibido a Jesús realmente. Para ella la comunión es un rito religioso y espiritual importante, pero no es recibir al Señor. La fe entre los creyentes sobre la realidad de la comunión es tan poca que la Iglesia necesita revitalizar urgentemente la catequesis sobre estos misterios. Una gran mayoría ya no creen en la presencia real de Jesús. La entienden a su manera, de forma totalmente subjetiva.

Aquellas palabras me hicieron pensar. Realmente no recordaba haber escuchado muchas predicaciones sobre esta verdad de nuestra fe. Era un tema del que

prácticamente nada había oído en los sermones y homilias.

Un grito de terror me sacó de mis pensamientos. Era mi acompañante el que había chillado. Tenía su rostro blanco, con una expresión de terror que me impresionó vivamente. Con la mano me señalaba hacia una persona. La mano le temblaba.

Miré. Esa persona estaba comulgando. Lo que vi a continuación es muy difícil de explicar. La presencia de Cristo entró en esa persona, como en el resto que comulgaban, pero la luz era mínima. De hecho toda la persona estaba rodeada de una especie de niebla negra. El Señor entraba pero al mismo tiempo parecía querer marcharse. Nunca olvidaré la cara de Jesús: era de una profunda tristeza, como la persona que va a su propia ejecución. Mi corazón sentía una angustia grandísima. Toda la alegría que había percibido en el resto de comuniones desapareció. Hasta las comuniones frías y tibias que antes había presenciado me provocaban un gozo espiritual. Esta no. No producía ninguno. Al contrario: producía tristeza, inquietud...

-¿Qué está ocurriendo?

-Esa persona -dijo con mucha tristeza el muchacho- ha comulgado en pecado mortal. Al hacerlo así ha cometido el gravísimo pecado de sacrilegio.

Aquellas palabras me sorprendieron muchísimo.

-Pero, ¿es posible que una persona se acerque a comulgar en pecado grave?

-¿Si es posible? -dijo mi guía-. Apenas hay celebración de la Santa Misa donde esto no ocurra.

Me quedé helado.

-Muchos faltan a la Santa Misa del domingo sin ninguna excusa de enfermedad o problema grave, y luego, cuando vuelven a ir a la Eucaristía comulgan; muchos viven odiando a personas, llenas de rencor y deseos malos, y comulgan; muchos hablan y critican continuamente a los demás, y comulgan -en estos momentos mi guía lloraba desolado-; muchos están en desobediencia a la enseñanza de la Iglesia, y comulgan; muchos están en tratos con el espíritu del mal por medio de la magia, la adivinación, acudir a videntes y curanderos, y comulgan; muchos tienen negocios ilícitos y hacen un uso fraudulento del dinero, y comulgan; muchos viven en la impureza sexual, y comulgan; muchas parejas conviven sin estar casadas, y comulgan. Todos estos se hacen un daño espiritual increíble pues recibir el cuerpo de Cristo en pecado mortal es un pecado tan grave que puede llevar directamente a la condenación eterna. Lo tenéis avisado en la sagrada Palabra de Dios: *Quien coma del pan y beba el cáliz del Señor indignamente es reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Así, pues, que cada cual se examine, y que entonces coma así del pan y beba del*

cáliz. Porque quien come y bebe sin discernir el cuerpo come y bebe su condenación (1 Cor 11, 27-29). Pero, ¿quién hace caso de estas cosas? ¿quién las medita?

-¿Qué hay que hacer?

-Enseñar a la gente -me dijo el muchacho- a confesarse con más frecuencia. Si tienen pecados graves vayan a pedir perdón al Señor por medio de la Confesión antes de comulgar. Los sacerdotes deben volver a estar disponibles antes de cada Santa Misa para las personas que los necesiten.

-No sabía que esto fuera tan común...

-Lo es porque muchas personas asisten a la Santa Misa como un acto social. Van a unas primeras comuniones, una boda, un entierro y se acercan a comulgar aunque llevan muchos días, quizás años, sin practicar. Es un grave error que debe ser corregido. Los sacerdotes deben obedecer a la Iglesia que ha pedido sean corregidos estos abusos. Corrija con delicadeza y caridad, pero con firmeza.... Por otra parte existe el error metido en la conciencia de las personas de que la comunión es un derecho que se me debe dar. Es una soberbia pensar y sentir así. Nadie es digno, jamás, de comulgar. Es un inmenso regalo que el Señor os ofrece. La humildad a la hora de acercarse al misterio del Cuerpo de Cristo es lo único que puede salvar a las personas de cometer sacrilegio.

De pronto el templo empezó a llenarse de luz, una luz brillante y cálida como la primera que sentí al principio de esta experiencia. Todo desapareció en esa luz: las personas, el sacerdote, los bancos, el altar... El muchacho me miró una última vez y dijo:

-Has visto cosas maravillosas. Úsalas bien y enséñalas a los demás. Vivid la Santa Misa con amor.

Él también desapareció en la luz. Tuve la sensación de que el suelo se desvanecía y comenzaba a caer.

De pronto desperté. Estaba tumbado en el césped de aquel pequeño prado que había encontrado en mi caminata, bajo la sombra de los árboles. El sol lucía con fuerza. Tuve la certeza interior de que toda aquella visión había trascendido, humanamente hablando, en un corto espacio de tiempo, quizás unos 15 minutos.

Permanecí un largo rato allí sentado, pensando en todo lo que había experimentado. Luego regresé al lugar donde mis amigos habían montado el "campamento". La tarde se nos fue en charlas, juegos y risas. Participé de todo como pude, aunque mi mente, lógicamente, estaba en otro lugar.

Cuando llegué a casa me senté y escribí este relato, tal y como lo tienes aquí. Recordaba todas las palabras escuchadas como si algo las retuviera en mi memoria. Espero que sea provechoso para ti, si eres creyente, y te ayude a mejorar tu vivencia de la santa Misa.

Para una explicación profunda de este sacramento aconsejo la lectura de mi libro: "El tesoro oculto" (en Amazon)

Encuentra más contenidos que pueden ayudarte en:

* www.consagrationalavirgen.com

* Canal de Youtube ADJEMA (*Ad Jesum per Mariam*)

